

la nueva IGLESIA

UN ser distinto y extraño, eso es «la nueva Iglesia» que comienza a existir entre nosotros, fatigosamente. Todo es diferente en ella, y hasta los rasgos del Dios que ahora nos ofrece han perdido aquella tradicional dureza y severidad para esbozar un perfil bondadoso. Los anatemas han sido bloqueados, las excomuniones,

retiradas del uso y una especie de desarme cívico comienza a imponerse sobre la legión de sacerdotes, religiosos, monjas y prelados, que constituyen la antigua «milicia de Cristo». Ya no hay «apartheid» religioso y todos los hombres son iguales.

La serie que comenzamos ahora —y cuyo prólogo fue la entrevista a monseñor Estepa (Catequesis), cardenal Tarancón (Iglesia), arzobispo de Zaragoza, Yanes (enseñanza de religión)— es una laboriosa expedición al centro mismo de esa nueva Iglesia en España. Como en el caso del eurocomunismo, también es lícito preguntarse aquí si esa nueva Iglesia no es una estrategia, un puro montaje táctico y por lo mismo provisional.

Nos proponemos abordar a los líderes de esa nueva Iglesia durante varias semanas. Y que nuestros lectores juzguen su autenticidad.



ENTREVISTA A MIGUEL ROCA, OBISPO DE CARTAGENA-MURCIA

Desde el «ghetto» a la intemperie:

NACE LA TEOLOGIA POLITICA

Miguel Roca, treinta y seis años, es el guardián del pensamiento ortodoxo de la Iglesia española, aunque entre sus funciones es preciso incluir también la de levantar la antorcha. Diariamente otea el panorama del pensamiento teológico español, conoce la docena de autores y el centenar de caminos que se abren y se cierran sucesivamente al creyente con la invitación a recorrerlos. Puede señalar anticipadamente la zona exacta sobre la que se va a desencadenar una polémica, una crisis o incluso el huracán de las doctrinas inquietantes.

Sin embargo, ha pedido libertad para la investigación teológica, y sigue reclamando



techos altos para esa libertad. Alto, fuerte y tranquilo —sobre todo reposado y sereno—, viajó desde una parroquia de los repliegues de la sierra madrileña a las Universidades europeas, donde alcanzó fama que hicieron inevitable su traslado a Roma; allí convertiría una residencia clerical, la Iglesia Nacional de Montserrat, en un cotizado centro de alta investigación histórica. Acababa de rebasar la frontera de los cuarenta y cinco años, cuando le alcanzó el nombramiento de obispo a la Iglesia que preside todavía, la de Cartagena-Murcia.



HOY se habla abiertamente de una teología nueva, nacida, al parecer, durante las jornadas del Concilio Vaticano II, y desde luego es fácil advertir que el planteamiento ideológico de la Iglesia responde a unos criterios nuevos. ¿Qué sucedió en realidad?

—Desde antes del Vaticano II, la Iglesia se había replegado a una actitud de defensa y de «ghetto». Su comunicación con el mundo moderno era escasa y breve, a base de puentes levadizos y de muchas cautelos. De modo que existía ya una conciencia —también a nivel teológico— de fin de etapa, de necesidad de una formulación de la fe de manera asequible para el nuevo hombre, producto a su vez de la nueva cultura y la nueva civilización. Gráficamente, el problema podía describirse como una cuestión de trasvase de vino viejo a odres nuevos. Por supuesto, los intentos para realizar con éxito esta operación habían comenzado mucho antes de los años sesenta y del Vaticano II, por ejemplo, con el movimiento de «La Nouvelle Theologie» en Francia, con teólogos como Chenú.

—Tal vez puede hablarse aquí de un desafío pastoral a la Iglesia: la necesidad de buscar fórmulas y expresiones que dijese algo al hombre; de redactar un nuevo vocabulario para que sus palabras «lleguen».

—Indudablemente, el problema que existía —y existe— es de comunicación, de conectar con los campos de interés del nuevo hombre. Más que un problema de vocabulario es de lenguaje. Y aquí se sintetizan todos los ingredientes de un desafío: en el empeño de encontrar las nuevas formulaciones de la fe que atraigan al hombre de hoy y al lenguaje inédito con el que expresar un mensaje que, sin embargo, mantiene fidelidad a una tradición. No hay duda de que un reto de esta categoría, desde el momento en que la Iglesia bajaba sus puentes levadizos para permitir la entrada de los problemas del mundo moderno, iba a excitar y estimular respuestas en centenares, millares de teólogos; la reflexión buscando puntos de conexión es, pues, masiva y, por supuesto, necesaria.

—Parece, sin embargo, que el papel del Vaticano II ha sido muy importante en este empeño de buscar un nuevo lenguaje.

—El Concilio abre las ventanas de la Iglesia, hasta alojar en ella toda la baránda —y la vitalidad— moderna. Pero, sobre todo, señala el paso del anatema al diálogo.

—Dos mil años de historia para la Iglesia hacen suponer que, a lo largo de semejante periodo de tiempo, ha tenido que enfrentarse con una situación semejante en algún momento anterior. ¿Cuál es el punto de referencia para la Iglesia cuando se enfrenta con el desafío del mundo moderno?

—El siglo XIII. Concretamente, Tomás de Aquino. Ese es un punto muy feliz de la Teología. Un hombre que conoce a la perfección el lenguaje de las Universidades, corrige el aristotelismo —o cristianiza a Aristóteles—, utilizándolo para redactar una síntesis teológica que es la Suma Teológica. Una hazaña.

—¿Cree usted que la de nuestra época es una situación semejante? ¿Existe expectativa por un «Tomás

NACE LA TEOLOGIA POLITICA

Los obispos estudian una carta de identidad que reseñará los mínimos exigibles para todo el que quiera ser miembro de la Iglesia

de Aquino» que solucione en solitario este problema de comunicación entre Iglesia y Sociedad?

—La tarea es hoy mucho más difícil que en tiempos de Tomás de Aquino. Primero, porque no hay un lenguaje común como lo había en las Universidades del siglo XIII; de ahí el pluralismo teológico, o mejor, la pluralidad de las teologías que es posible encontrar hoy. Y en segundo lugar, existe un factor nuevo externo: la actitud de la Sociedad ante la Iglesia, que es de cerrazón. Uno y otro elementos, sobre todo el primero —el de la pluralidad de lenguajes o culturas— hacen prácticamente imposible que un hombre pueda realizar esa empresa.

—Entonces, y concretamente, la aceptación de este desafío por parte de cada teólogo o grupo de teólogos que se ponga a reflexionar buscando el nuevo lenguaje, ¿a qué se traduce?

—A la formulación de síntesis parciales. Sobre un área determinada, el teólogo crea, pone al máximo su capacidad creadora buscando los nuevos caminos. Ese es el honor y el riesgo del teólogo: puede descubrir nuevos horizontes, nuevos paisajes sobre los que la comunicación Iglesia-Sociedad se realice sin esfuerzos especiales. Pero también puede saltar en el vacío, desviarse de la fidelidad.

—Sin embargo, ¿qué pediría usted para el teólogo que comienza esa aventura?

—Libertad. Sin libertad, toda creación es imposible, y esto lo saben los poetas, los filósofos, los científicos. El teólogo necesita libertad y confianza. El propio Tomás de Aquino fue condenado por el arzobispo de París.

(Noticia sobre los sacerdotes «sociales» de Murcia, facilitada al escritor por un fotógrafo, un cura, dos guapas guías de la escuela de turismo local y un miembro de la asociación de belenistas. Miguel Roca no se alarma fácilmente. La pasada primavera, cuando los rumores relacionaban al obispo Roca con la sede vacante de Zaragoza, una treintena de sacerdotes —de los cuatro centenares que, en números redondos, totalizan el clero diocesano— puso en circulación cierta carta al nuncio en la que pedían «un obispo pastor y no otro obispo teólogo». Hace pocas semanas, cuando los rumores han vuelto a referirse a Roca, a propósito de su probable incorporación a Granada,

los mismos sacerdotes, en otra carta pública, dejan a un lado el discurso obispo-teólogo obispo-pastor y centran su petición en un candidato murciano, que sea elegido o propuesto al menos por el clero local. Así que el destinatario de estas epístolas —sea el nuncio, o la opinión pública, o ambas cosas a la vez o ninguna— tiene oportunidad de medir las dosis de protagonismo de los escritos. Luego, nada tiene de extraño que el nombre de Miguel Roca —más de diez años de obispo en Murcia— circule con frecuencia a propósito de arzobispados vacantes. Aunque el escritor opine —si se le permite— que el destino final de este obispo será Roma, y ha podido constatar que adquiere cada vez mayores probabilidades la candidatura que presenta en primer término el nombre de Miguel Roca para una de las congregaciones —«los ministerios», del gobierno central de la Iglesia—, cosa que el tiempo dirá.)

—El teólogo corre un riesgo en la investigación que le descubrirá formulaciones idóneas de la fe para nuestra época. Sin embargo, en Miguel Roca coinciden obispo y teólogo. ¿Es más seguro entonces



el lugar que ocupa el obispo que el papel del teólogo?

—El teólogo es riesgo, riesgo puro. El obispo tiene una función diversa: anunciar el mensaje evangélico íntegro. Con relación al teólogo, el obispo garantiza la autenticidad de la traducción; testifica que el trabajo creador del teólogo —que no hace una traducción «literal», sino libre y creadora— es fiel a su origen.

—¿Cuál es, sin embargo, el riesgo del obispo? ¿O no corre riesgo alguno?

—El obispo corre el riesgo del inmovilismo, de no querer la apertura por miedo a las innovaciones y, sobre todo, a las desviaciones. Ese es su riesgo.

—Sin embargo, el obispo es juez y parte. ¿Qué hay en el teólogo y en el obispo que, de repente, los hace tan distintos? Mientras que el teólogo recibe invitación —digamos— para saltar en el vacío, la estructura de la Iglesia sólo permite al obispo bajar por escaleras bien seguras. ¿Qué distingue al obispo del teólogo?

—La responsabilidad. Cuando yo sólo era sacerdote, si reflexionaba —pongo por caso— sobre cuestio-

nes teológicas podía publicar los resultados en una revista de investigación o de ensayo. Desde que soy obispo, y precisamente por eso, tengo detrás una muchedumbre de creyentes, el pueblo de Dios. El obispo señala una ruta concreta, conduce y guía. No es un solitario, como el teólogo, sino el clásico paterfamilias evangélico. Más claro aún, podría ser el caso del conductor de un coche de carreras, que circula a altas velocidades, realiza giros bruscos, y su pericia le permite abordar maniobras escalofriantes con riesgos mínimos. El conductor de un camión con remolque —o de un autobús— circula a velocidades bajas y no puede realizar brusquedades en los giros porque el vehículo no se lo permite: si no respeta esas normas se estrellará con todo lo que lleva detrás. El primer caso sería el del teólogo; el segundo, el conductor de un camión o de un autobús corresponde al obispo.

—No obstante, parece que la función del obispo está esencialmente relacionada con la autoridad, y bajo esa perspectiva se tiende a juzgarle.

—El obispo mantiene el elemento jerárquico en la Iglesia, pero hay

yo eterno tema es el agua, empiezan a intranquilizarse por la tardanza de las lluvias y del trasvase. Resulta que algún partido político de tendencia social ha dictado desde su sede madrileña a todas las provincias algo así como «revisiónismo absoluto de toda obra faraónica». Esta consigna ha sido traducida por un «Alto al trasvase» en la sede local del partido. «¡Pero si ya sólo faltaba abrir el grifo!», jura el taxista. Los pueblos murcianos reaccionan ahora organizando «pronunciamientos» a favor de «las aguas cuanto antes». Los afiliados al partido en cuestión están desconcertados: el tema puede costarles muy caro a nivel de votos.)

—A manos de teólogos o de obispos, parece cierto, sin embargo, que el cristianismo necesita hoy una formulación nueva. No se detecta el interés de la sociedad por lo religioso o lo teológico.

—Creo que cada época tiene sus intereses y una problemática diferente. Aquel espectáculo de los cristianos que acudían a las carreras de caballos de Constantinopla, fanáticamente divididos en rojos o verdes, según la doctrina que hubieran escogido a propósito de la naturaleza de Cristo, son difíciles de imaginar hoy; pero en esa época las gentes tomaban parte, apasionada, ante un problema teológico. Como más tarde los partidarios de jesuitas o de dominicos, celebrando corridas de toros para festejar triunfos de una u otra orden religiosa. Hoy la Iglesia tiene el desafío de cómo anunciar el mensaje cristiano de modo que este mensaje vaya expresado en un lenguaje significativo para el hombre.

—Pero ya no puede hablarse de pasión por las cuestiones religiosas.

—A mí me parece que también nuestra época tiene un tema apasionante en lo religioso como es la relación marxismo-cristianismo.

—Esto nos lleva a un tema complejo, el de la teología política, es decir, la Iglesia presente en la política. Porque aunque el hombre de hoy salude una nueva Iglesia española con agrado, o al menos con un cierto interés, la verdad es que en determinadas ocasiones no acaba de aceptar ciertas presencias o silencios. ¿La relación Iglesia-política se realiza hoy sobre esquemas nuevos?

—Absolutamente, sí. En el Vaticano II coinciden dos movimientos aparentemente contradictorios, pero coherentes. Uno, por el que la Iglesia acepta la secularización social, la separación de poderes Iglesia-Estado. Y el otro, mediante el que la Iglesia insiste en estar presente en «lo» político (como distinto de «la» política). El resultado para el cristiano es que su papel en la sociedad pluralista en que vive no consiste en imponer su propia política, sino en procurar que, al trabajar políticamente, introduzca allí su óptica cristiana.

—¿Esto quiere decir que la Iglesia no juzga la política, sino que se introduce en ella y no tendría reparos en hacerse con el poder?

—No. Esto quiere decir que la Iglesia se introduce en la vida de la sociedad hoy más que nunca, y porque al abrirse al mundo actual se encuentra con la política como un factor envolvente y totalizador que tiene que adoptar ahí una actitud que será la de cooperar con lo político en la medida en que hace bien

(De cómo los dogmas políticos pueden convertirse en espadas que siegan cabezas propias, según pudo saber el viajero de labios de un taxista. La mañana que comenzó amenazando lluvias, aleja por tin las nubes recibiendo a pecho descubierta al sol. Los murcianos, cu-



al prójimo. El amor al prójimo pasa también por lo político, y está claro que para hacer bien al prójimo hay que estar en la política porque hay determinadas cosas que no se pueden hacer sin el concurso de lo político. De modo que la actuación de la Iglesia es de independencia y «sana colaboración» con el poder, es decir, acepta la separación del poder, la liquidación del connubio Altar-Trono, pero coopera. Y desde luego está.

—Esta, que podíamos llamar de algún modo Teología Política, que se sintetiza durante las jornadas del Vaticano II y que proclama presencia de la Iglesia y al mismo tiempo independencia, ¿hasta qué punto es válida para España?

—Desde el Vaticano II, la Iglesia española ha hecho una renuncia inicial e incoactiva a la tentación del poder, a buscar la unión con el poder para llevar su mensaje.

—Sin embargo, el discurso principal sigue siendo marxismo-cristianismo. Su compatibilidad o incompatibilidad. ¿Cómo está hoy ese proceso?

—Se ha pasado de un período de pura y simple condenación, que se prolonga hasta el pontificado de

Juan XXIII, a otro período que comienza con la «Pacem in Terris», de distinción entre ideología y movimientos históricos nacidos de esas ideologías. Esta etapa es de diálogo y se traduce durante varios años en una situación efervescente. Luego, del anatema y el diálogo se pasa a la opción, que es la tercera etapa, la actual.

—En ella tienen entonces que ser incluidos, por ejemplo, los cristianos para el socialismo.

—Se trata, sí, de algunos cristianos que hacen su opción y creen subjetivamente que es compatible la fe cristiana con la opción marxista.

—Aquí, en España y para los cristianos que puedan plantearse esa opción, ¿cuál es el juicio de la Iglesia?

—La Iglesia nunca ha reconocido la validez objetiva de esa pretensión.

—Hay, sin embargo, un confusio-nismo muy extendido en este punto: desde el eurocomunismo de Santiago Carrillo, que en su libro invita a los cristianos a trabajar en el PCE porque vivirán un espíritu de generosidad y sacrificio semejante al de los primeros tiempos del cristianismo, hasta la postura de quienes identifican socialismo con ateísmo.

—Desde luego, está claro que el pensamiento histórico de Marx es incompatible objetivamente con el cristianismo.

—Pero fenómenos como «eurocomunismo» y cristianos para el socialismo, etc., aportan nuevos datos para una reflexión teológica sobre el marxismo.

—El problema es muy complicado. Personalmente, entiendo que es necesario esperar las nuevas interpretaciones del marxismo que se vayan produciendo. En química existe la suspensión, cuando un líquido se decanta hasta que se produce la precipitación clarificadora. Habrá que aguardar a que se produzca la precipitación. Hay signos en estas ideologías que sugieren unas claras mutaciones y la desaparición de asentamientos ateos, aunque esto sólo es una hipótesis.

—De otra parte, está la opción marxista de algunos cristianos. Este problema en Italia alcanza cotas extraordinariamente altas. Se comenta que el Papa prepara un largo documento sobre cristianismo y marxismo. ¿Qué hacen mientras tanto los obispos españoles a este propósito?

—El tema es muy complejo y complicado. Un grupo de obispos españoles llevamos ya para tres años reflexionando sobre el tema; aportamos todos los datos nuevos, pero aún no hemos encontrado salida.

(Postal de paisaje secreto murciano mostrada al forastero por un cura capitano. La noticia de que 80 feligreses de Llano de Brujas se encierran en la Iglesia protestando por el traslado del párroco ha merecido los honores de la reseña a escala nacional. El cura alega ante los encerrados su impotencia porque «se debe a la obediencia del obispo», pero silencia un dato definitivo: que fue él mismo quien pidió al obispo, hasta conseguirlo, su traslado a otra parroquia mejor situada y, perdón, con un nombre menos solanesco.)

—Sería interesante conocer el panorama teológico de la Iglesia. ¿Es fuerte? ¿Alcanza sus objetivos,

*El Vaticano II
señala el paso del
anatema al diálogo*

*La comunicación de la
Iglesia con la sociedad
era breve y a base de
puentes levadizos*

*El teólogo necesita, por
encima de todo, libertad*

*El obispo conduce un
camión de remolque
y el teólogo un coche
de carreras*

*Uno de los temas
más apasionantes
de nuestra época es
la relación
cristianismo-marxismo*

*Para hacer bien al
prójimo, la Iglesia
tiene que estar en la
política, porque hay
determinadas cosas que
no se pueden hacer
sin el concurso político*

*Desde el Vaticano II,
la Iglesia española
ha hecho una renuncia
inicial e incoactiva
a la tentación del Poder*

*La Iglesia nunca
ha reconocido la validez
objetiva de la opción
de algunos cristianos
que creen
subjetivamente que la
fe es compatible con
la opción marxista*

*Desde hace tres años,
un grupo de obispos
españoles examina el
tema marxismo-
cristianismo*

*En España abundan
más los teólogos
técnicos que los teólogos
con garra*

es decir, cumple eficazmente su desafío?

—Salvo excepciones, no aparecen teólogos creadores. Los hombres de «La Nouvelle Theologique» han muerto en Francia; en Alemania, los teólogos son más técnicos que teólogos. El panorama, con ser positivo, no es optimista.

—España ha contado siempre con una tradición teológica notable. ¿Dónde están los semilleros de teólogos españoles para el siglo próximo?

—Yo diría que nuestros teólogos españoles están más en contacto con la realidad que en etapas anteriores. Pero con la misma sinceridad tendría que añadir que hay más esfuerzo que realidades. Es una tarea muy difícil, y lógicamente abunda más el teólogo técnico que el teólogo con garra. Hoy no puede hablarse de una escuela española teológica; pero nada nos impide esperar una etapa más intensa.

—Luego está el tema de las Facultades de Teología, donde se produce un doble hecho: descienden los alumnos que acuden allí para prepararse al sacerdocio y aumenta el de quienes asisten a ellas desde su condición de laicos.

—En realidad, este fenómeno tiene lugar actualmente en los Estados Unidos, en los pueblos de habla alemana y en los Países Bajos; en zonas donde se suele anticipar la evolución de la Iglesia, a decir de algunos. No es una cuestión generalizada. Por lo que se refiere a España, los alumnos seculares que estudian teología son escasos. Claro que alegra saber que cada vez son más numerosos los seculares que se interesan en nuestro país por estos estudios. Pero en las actuales circunstancias de la ordenación educacional española el estudio teológico para el secolar no pasará de ser un «hobby», una dedicación de tiempo libre. No tiene salida profesional, como en Alemania, por ejemplo, donde una graduación en teología es requisito indispensable para la enseñanza de la religión, que suele correr a cargo de seculares.

—Miguel Roca preside la Comisión para la Doctrina de la Fe o sección teológica de la Conferencia Episcopal, aunque también forma parte de la privilegiada media docena de prelados de todo el mundo, que constituye con una docena de cardenales el consejo supremo de la Congregación para la Doctrina de la Fe, en el Vaticano. A nivel de España, ¿qué trabajo tiene entre manos la Comisión?

—Ahora estudiamos una especie de condiciones esenciales y mínimas para ser cristianos. En la época de pluralismo teológico que atravesamos conviene poner en manos de los creyentes una especie de carta de identidad que reseñe los mínimos exigibles a todo miembro de la Iglesia que quiera considerarse tal.

Hablamos luego de la Iglesia local murciana, que ha superado ya la crisis posconciliar y desemboca lentamente en un panorama de serenidad y trabajo. Y de la región murciana peculiar ella, ni andaluza, aunque conserve características de esa región del mismo modo que reúne ciertas tipificaciones de Levante sin ser país valenciano. «Esta es una tierra de gentes abiertas, sencillas y emotivas.»

Antonio CASTRO ZAFRA